

del Marcq, habían terminado su movimiento hacia la izquierda, recorrido á escape el camino de la meseta y atacado á la retaguardia de Felipe Augusto muy cerca de Bouvines. Trabóse allí un vivo combate entre la nobleza del conde de Flandes y los cuerpos del ejército francés que mandaba el duque de Bourgogne, entre los cuales se hallaban el vizconde de Melun con un regimiento de arqueros y la caballería ligera de Champaña. Cinco veces resistió la retaguardia de los franceses el choque de los enemigos: pero éstos fueron aumentando en número, y el duque de Bourgogne tuvo que pedir refuerzos á Felipe Augusto. Verificó entonces el ejército de los Capetos una contramarcha que desconcertó al emperador. Este, que sólo iba preocupado en caer sobre la retaguardia del ejército, que él suponía en retirada y que estaba separada del grueso de las tropas por los pantanos del Marcq, vió de improviso enfrente de él á casi toda la hueste francesa, con su rey á la cabeza, hallándose en un terreno muy favorable á los movimientos de la caballería. «¿Quién me dijo, exclamó el emperador, que el rey de Francia iba en retirada?, ¿que no se atrevería á sostener nuestro paso? Me encuentro con su ejército, dispuesto en perfecto orden y preparado para empezar la lucha.»

Los dos ejércitos tomaron posiciones en la parte más elevada de la meseta. La vanguardia de Otón, compuesta de Fernando con su caballería, permanecía en el sitio donde atacó á la retaguardia francesa, es decir, formaba el ala izquierda, mientras que los otros cuerpos imperiales, el de Otón en el centro y el de Renato de Boulogne y Guillermo de Salisbury á la derecha, se desplegaban por la parte Oeste de la eminencia que separa á la villa de Baisieux de la de Cisoing. Felipe dispuso sus tropas á lo largo, paralelamente á la vía romana, con un frente de cerca de dos kilómetros, extendiendo los flancos de manera que no pudiese ser envuelto. Hallábanse en esta situación los dos ejércitos, vecinos y orientados de Este á Oeste, con gran desventaja para los imperiales, pues á ellos el sol les daba de cara, mientras que los franceses lo tenían á la espalda.

El centro del ejército francés estaba mandado por Felipe Augusto. Junto á él levantábase la bandera capitana, roja y sembrada de flores de lis, en manos del caballero Galón de Montigni. Alrededor del rey había su caballería escogida, la «casa militar,» Guillermo de Barres, Bartolomé de Roye, Gualtero de Nemours, Pedro Mauvoisin, Gerardo la Truie, Guillermo de Garlande, Enguerrán de Couci y setenta caballeros normandos. Delante de ellos debía colocarse la infantería de los municipios, pues era costumbre que ella guardase el estandarte de San Dionisio y que empezase el combate; pero como había ya pasado el Marcq en su marcha hacia Lilla, fué la última en llegar al campo de batalla.

Oponiase al centro francés el centro del ejército imperial, donde se hallaba Otón, cubierto enteramente de oro, con su guardia de caballeros sajones, y los cuatro condes Bernardo de Horstmar, Gerardo de Randeradt, Conrado de Dortmund, Otón de Tecklemburgo. Detrás del emperador y llevado sobre un hermoso carro arrastrado por cuatro caballos estaba el estandarte del Imperio, con su enorme dragón encima de una águila de oro. Extendíase por delante la infantería de Brabante y la

alemana y quizá también los municipios de Flandes; detrás había la caballería de los duques de Lorena, de Brabante, de Limburgo y del conde de Namur.

El ala derecha de los franceses, muy poderosa, iba mandada por el hermano Guerin y la componían 300 jinetes equipados por la abadía de Saint-Medard de Soissons y los caballeros de Champaña, entre los cuales había los del conde Saint-Pol, del vizconde de Melun, de los condes de Beaumont, de Sancerse y de Mateo de Montmorenci. Los caballeros del duque de Borgoña quedaban detrás. Frente por frente á esta parte del ejército francés extendíase el ala izquierda de los imperiales, mandada por el conde de Flandes, formada por los caballeros de Fernando, por los infantes de Hainaut y también por los holandeses del conde Guillermo, sin que se sepa el orden en que estaban colocados por no indicarlo las crónicas de aquel tiempo.

Al Oeste de la meseta había el ala izquierda de los franceses, con Roberto de Dreux, su hermano Felipe, el obispo de Beauvais, Tomás de Saint-Valeri, señor de Gamaches, y los condes de Ponthieu, de Grandpré y de Soissons. Enfrente el ala derecha de los imperiales mandada por Renato de Boulogne y formada principalmente por los mercenarios ingleses de Guillermo de Salisbury, por los caballeros flamencos de Arnaldo de Oudenarde y por los mejores infantes de Brabante.

Al ir á principiar la lucha entre los dos ejércitos, sólo distantes un tiro de ballesta, era tal el silencio que reinaba, «que no se percibía ni una sola voz.» Franceses é imperiales extendíanse en dos líneas paralelas casi iguales de largo, si bien los últimos eran mucho más numerosos, hasta tal punto que el grosor de su línea era el triple del grosor de la línea de los franceses. Los franceses iban, en cambio, mejor mandados.

El hermano Guerin, que por pertenecer á la Iglesia no podía pelear, recorría las filas alentando á los combatientes. Puso en orden á los diferentes cuerpos, colocó á la cabeza los más bravos caballeros, y ordenando el ala derecha, que él mandaba, decía: «La llanura es extensa, separaos y extendeos mucho para que el enemigo no os pueda envolver; el soldado no ha de encontrar un amparo en el que está delante de él: colocaos de manera que podáis combatir de frente todos á la vez.»

Según refiere el cronista Mousket, Felipe Augusto, «como hombre valeroso que era,» arengó á sus barones diciendo: «Señores, yo no soy más que un hombre, pero soy también el rey de Francia: debéis protegerme sin desmayar. Guardádomme, obraréis bien. Lo que es por mí, no perderéis nada. Cabalgad y os seguiré, siempre me tendréis entre vosotros.» Después abrazó á los valientes que le rodeaban, Miguel de Harnes, Guillermo des Barres, Mateo de Montmorenci, Gerardo la Truie y Pedro de Mauvoisin. Guillermo *el Bretón* no habla de esta escena y hace hablar al rey un discurso bien diferente. «En Dios está toda nuestra esperanza, en él confiamos completamente. El rey Otón y su ejército han sido excomulgados por el Papa como enemigos y perseguidores de la Iglesia. El dinero de sus sueldos es el producto de las lágrimas de los pobres, el resultado del pillaje de las tierras que pertenecen á Dios y al clero. Nosotros somos cristianos en paz y comunión con la Santa Iglesia. A pesar de ser pecadores, estamos en buen acuerdo con los servidores de Dios y defende-

mos, en la medida de nuestras fuerzas, las libertades del clero. Podemos contar, pues, con la misericordia divina. Dios nos dará los medios de triunfar de nuestros enemigos, que son también los suyos.» A estas palabras los caballeros suplicaron al rey su bendición, y éste, levantando las manos, imploró del cielo que los bendijese. Inmediatamente resonó el sonido de las trompetas y empezó el combate.

Guillermo, como testigo ocular, colocado detrás del rey, debió oír estas palabras y ver el gesto augusto de la bendición. Es además muy verosímil que Felipe, que iba á combatir á un excomulgado, hablara como devoto hijo de la Iglesia é hiciera llamada al sentimiento religioso. Así que las trompetas dieron la señal, el capellán de honor y los clérigos empezaron á cantar salmos en alta voz. «Mas las lágrimas y los sollozos interrumpieron su salmodia y á duras penas pudieron terminarla (1).»

El ala derecha de los franceses principió la acción. Guerin lanza primeramente encima de los flamencos los sargentos montados del abate de Saint-Medard. La nobleza flamenca desdena esta caballería rústica; sin moverse recibe á los de Soissons á golpes de lanza, reventando sus caballos. Tres caballeros de Flandes, Gautier de Ghistelles, Buridán de Furnes y Eustaquio de Macheleu, salen de sus líneas y van á desafiar los caballeros de la Champaña. Entonces se libra entre los nobles un combate preliminar. Gautier y Buridán son hechos prisioneros, y Eustaquio, que no cesaba de gritar: «¡Muerte al francés!» se ve atacado á su vez y muere degollado.

Esta primera ventaja infunde ánimo al ala derecha de los franceses. El conde de Saint-Pol, Gualtero de Chatillon, en medio de un escuadrón escogido, se lanza á una de caballo en lo más espeso de la caballería enemiga y destroza á derecha é izquierda hombres y caballos, sin detenerse, sin tratar siquiera de hacer prisioneros; llega al fondo de las filas enemigas, vuelve para cargar en otro punto, abriendo surco en los contrarios, y va á tomar de nuevo su lugar. En curva así descrita, á manera de trayectoria elíptica, donde él y sus caballeros han obrado como un proyectil, introduce el desorden en la caballería de Fernando. Varias veces renueva el ataque y destroza al enemigo por completo. Otros jefes del ala derecha, el vizconde de Melun, el conde de Beaumont, Mateo de Montmorenci, repiten la misma maniobra. El cuerpo flamenco, desorganizado por estas

(1) Estos datos, tan dramáticos por sí mismos, no bastaron á la imaginación de las turbas, y la leyenda, creciendo de siglo en siglo, dióse á desfigurarlos. Felipe Augusto hizo destruir el puente de Bouvines para poner á sus soldados en la alternativa de vencer ó morir. Envió al emperador un parlamentario para proponerle aplazar la batalla hasta el día siguiente, para no combatir en domingo. En el momento en que descansaba cerca de la iglesia de Bouvines, hace echar sopas en copas de vino y convida á sus barones á tomar de ellas, para probar su fidelidad, imitando así la sagrada cena. Entonces se coloca el famoso episodio de la corona: «Ya veis que llevo la corona de Francia, dijo él á sus jefes, pero soy un hombre como vosotros. Si no me ayudáis, no podré sostenerla.» Se la quita entonces de la cabeza y la coloca en un altar levantado al efecto. «Miradla, continúa; quiero que todos seáis reyes como yo, y, en verdad, si no me ayudáis, no gobernaré mi reino.» Así le hace hablar Richer, monje de Senones; pero el Menestral de Reims le atribuye otra proposición todavía más rara en boca de un Capeto del siglo XIII: «Si alguno de vosotros cree que ha de llevar la corona mejor que yo, se la entrego de buena voluntad.»

repetidas cargas, comienza á replegarse. Entran entonces en fuego las tropas francesas de reserva al mando del duque de Borgoña, Eudo II, generalizándose el combate. El duque, «un hombre gordo de compleción fleumática,» cae debajo de su montura; mas unos caballeros le reponen en su silla, y entonces, enfurecido, hiere y mata todo lo que encuentra á su paso.

Después de una encarnizada lucha de tres horas, los franceses logran alcanzar al conde de Flandes. Fernando defendióse valerosamente; por último, cubierto de heridas, es desmontado y arrojado al suelo. Casi desfallecido de fatiga, se rinde á Gil de Ací y á los dos hermanos Hugo y Juan de Mareuil. Con la rendición de Fernando, la derrota de los flamencos se convierte en desbandada. La victoria en esta parte del campo de batalla aseguraba al ejército francés contra el peligro de ser envuelto y precipitado en el pantano de la Marcq, del cual difícilmente hubiese podido escapar.

En el centro la acción empezó más tarde, á causa de esperar Felipe la llegada de los municipios franceses, algo lentos en retroceder sobre sus pasos. Por fin aparecen con el estandarte de San Dionisio á la cabeza, atravesando rápidamente los escuadrones de caballeros para ocupar el sitio acostumbrado delante del rey. Los burgueses de Corbie, de Amiéns, de Beauvais, de Compiègne y de Arras, poco numerosos con relación á las masas de infantería enemiga, llegan echando los bofes al ordenar el emperador Otón el ataque. Los infantes de Lorena, Alemania y Flandes, colocados delante de la bandera imperial, forman en cuña y penetran en las filas de los comuneros de Francia, rompiéndolas. Otón, con su caballería, síguelos de cerca, aprovechando la brecha, y llega hasta la vista de Felipe Augusto; mas Guillermo des Barres y una parte de los caballeros de la escolta real rodean á galope á la infantería alemana, salvando todos los obstáculos, atacando de frente á Otón. Felipe Augusto quiere seguirles, pero choca con los infantes del imperio, cada vez más numerosos, que adelantan sin cesar. Durante breve tiempo hállase separado de los suyos y rodeado por la chusma de á pie, que con los garfios de sus picas le arponean para desmontarlo, logrando dar con él en el suelo. Todos se precipitan sobre él; buscan la juntura de su peto para asestarle una puñalada. Afortunadamente la armadura es sólida. El caballero Pedro Tristán llega en socorro del rey, y poniendo pie en tierra, convierte su cuerpo en baluarte. Galón de Montigni, que empuña la bandera, la agita desesperadamente. Guillermo des Barres advierte la señal, y abandonando á los caballeros de Otón, rompe contra los villanos que se han atrevido á derribar á un rey de Francia. Entonces Felipe Augusto cabalga nuevamente y carga contra los imperiales.

Mientras Bartolomé de Roye, Guillermo de Garlande y Gualtero de Nemours rodean al rey, Guillermo des Barres, Gerardo de la Truie y Pedro Mauvoisin buscan á Otón, y después de osadísimo ataque logran alcanzarle. Pedro Mauvoisin le coge la brida del caballo; la Truie le da una puñalada en mitad del pecho, resbalando el acero sobre la armadura, y aséstale otra que, mal dirigida, vacía un ojo del caballo. El animal, al sentirse herido, se encabrita y gira sobre sí mismo, arrastrando á Otón para caer al poco tiempo. Bernardo de Horstmar levanta á Otón cediéndole su caballo, y entonces Guillermo des

Barres coge al emperador por la nuca, apretando hasta ahogarle. Para que soltase Guillermo la presa, Gerardo de Randeradt, Otón de Tecklenburgo y Conrado de Dortmund le abren el caballo en canal. A pie, solo y rodeado de enemigos, Guillermo les mantiene á distancia durante algún tiempo. Muéstrase tan terrible que ninguno se atreve á acercarse, contentándose con arrojarle las armas á la cabeza. Por fin, anonadado por el número, iba á ser muerto ó hecho prisionero; Tomás de Saint-Valeri llega con algunos caballeros é infantes, salvándole de un seguro desastre. Otón había podido huir: «por hoy ya no le veremos el rostro,» dijo Felipe Augusto. El emperador, despojándose de las insignias imperiales, que habrían podido denunciarle, alcanzó en una sola jornada Valenciennes.

Su desaparición no impide que los condes sajones y westfalianos cumplan con su deber. Sostienen valerosamente el choque del enemigo; siguiendo su táctica característica, matan los caballos, derriban á los jinetes, procurando herirles una vez en tierra. La lucha cuerpo á cuerpo era espantosa, en medio de un calor tórrido y rodeados los combatientes de tan espesa polvareda que obscurecía el cielo y dificultaba la vista de los enemigos. A pesar de todo, en esta parte del campo de batalla la victoria fué para los franceses. El águila de oro, el dragón imperial y el carro que los conducía habían sido rotos en mil pedazos y amontonados á los pies de Felipe Augusto. Cuando los cuatro barones de Tecklenburgo, Horstmar, Dortmund, y Randeradt fueron hechos prisioneros con las armas en la mano y conducidos agarrados al campamento francés, los duques de Lorena, de Brabante y de Limburgo comprendieron que todo había concluído: entonces huyeron por el camino de Tournai á uña de caballo.

Al Oeste, no lejos del pantano de la Marcq, se había librado la tercera batalla entre el ala izquierda de los franceses y el ala derecha de los coligados. Presentábase aquí el cuadro más confuso, siendo difícil distinguir claramente las líneas de batalla y de advertir la serie de incidentes. Renato lucha contra Roberto de Dreux; Salisbury y sus ingleses combaten contra el conde de Ponthieu y contra Felipe, obispo de Beauvais. Este manteníase tranquilo al principio para no violentar la prescripción canónica que le prohibía todo derramamiento de sangre. Mas al ver las milicias de Ponthieu destrozadas por los mercenarios de Salisbury, y sobre todo, al ver amenazado el puente de Bouvines, lanza sus soldados y se adelanta al encuentro de la caballería inglesa, blandiendo enorme maza de armas. Alcanza á Salisbury y de un solo golpe sobre el yelmo le derriba medio aplastado.

El único interés de la acción se concentra ahora alrededor del conde de Boulogne, Renato, traidor á Felipe Augusto y tan sospechoso al emperador como á sus barones. Esta situación particular explica sus palabras, su conducta, la furia y la desesperación con que luchará hasta el fin. En el momento en que el emperador ha huído ó retroceden los ingleses ante el obispo de Beauvais, se dirige á Hugo de Boves, su antiguo amigo, el que le ha acusado de cobardía en Mortagne, para decirle: «He aquí el resultado de la batalla que se ha dado por tu consejo y á la cual yo me oponía. Tú vas á escapar, presa del pánico como los demás. Yo voy á combatir y

seré hecho prisionero ó muerto.» Mantuvo su palabra. Durante toda la tarde se defendió con rabia. Se había colocado con escogida caballería en medio de una doble línea de infantes agrupados en círculo. Hacía rápidas salidas de esta especie de torre viva que se abría para dejarle pasar y se cerraba tras él cuando volvía para tomar aliento, sembrando el desorden en las filas francesas. La caballería de Felipe esquivaba esta fortaleza erizada de picas, imposibles de abatir.

El día declinaba. El centro y el ala izquierda de los aliados estaban en derrota. Otón había desaparecido: Fernando estaba hecho prisionero: Renato resistía aún. Veíanse desde lejos su altiva figura, su enorme lanza y el doble penacho blanco de barbas de ballena que había plantado encima de su casco para engrandecerlo más. Finalmente lograron los franceses sorprenderlo fuera de su torre. Sólo seis caballeros que habían ligado su suerte á la suya le rodeaban. Un sargento del ejército capeto, Pedro de la Tournelle, logra deslizarse por debajo de su caballo y le abre el vientre, mientras los dos hermanos Juan y Conón de Coudún derriban á un caballero que trataba de salvar al conde de Boulogne arrastrándole. Cae Renato, con la pierna derecha bajo el cuerpo de su caballo muerto. Los franceses se disputan el prisionero. Un paje de armas de la casa del hermano Guerin le arranca su yelmo, y después de haberle acuchillado el rostro, trata de introducirle el arma por la parte inferior de la coraza para herirle en el vientre. Pero no logra dar con la juntura. Guerin, enfurecido, se hace reconocer de Renato, que se le rinde, pidiéndole gracia de la vida. Trata el conde de levantarse, cuando advierte un grupo de caballeros del ejército imperial que corren allí para libertarle. Simula entonces no poder mantenerse en pie y se deja caer pesadamente. Los franceses le empujan, le yerguen y le colocan á la fuerza sobre un caballo para conducirlo al rey.

El sol iba á desaparecer. No quedaban sobre la meseta más que una tropa de 700 brabanzones, resto de la numerosa caballería que amparaba al emperador. Esta brava gente no había querido huir y se negaba á rendirse. Felipe Augusto les hizo asesinar hasta el último por las tropas del señor de Saint-Valeri. Los prisioneros nobles, entre los que se encontraban altos personajes, cinco condes y veinticinco barones de bandera, eran tan numerosos que Felipe llegó á verse casi embarazado. Y por esto prohibía perseguir más de una milla á los fugitivos.

«¿Quién podrá imaginarse, escribe Guillermo *el Bretón*, trazar con la pluma, sobre un pergamino ó en unas tablillas, los alegres aplausos, los himnos de triunfo, las innumerables danzas de gente del pueblo, los severos cantos de los clérigos, los sonos armoniosos de las campanas de las iglesias, los santuarios vestidos interior y exteriormente de riquezas, las calles, las casas, los caminos, en todos los pueblos y en todas las ciudades tendidos de cortinas y telas de seda, tapizados de flores, de hierbas y de verdes hojas; los habitantes de todas clases, sexos y edades acudiendo de todos los rincones para asistir á un tan grande triunfo; los campesinos y segadores interrumpiendo sus trabajos, colgando de su cuello hoces y rastrillos (porque eran los tiempos de la siega) y precipitándose por ver encadenado á aquel Fernando, de quien poco antes habían temido el aparato

guerrero. Además, por maravilloso azar, los dos caballos que le arrastraban prisionero en una parihuela eran de aquellos que por su color son llamados ferrandos. Gritábanle que «ahora estaba encadenado y que no podría hacer de las suyas, él que pocos momentos antes, hinchado de orgullo y de obesidad, se atrevía á levantar el talón contra su dueño. Este espectáculo se repitió por todo el camino hasta la llegada á París. Los burgueses de París, y más que nadie la turba de estudiantes, el clero y el pueblo, iban delante del rey cantando himnos y cánticos, en testimonio de la alegría que les llenaba el alma y que manifestaban con sus gestos y con la exterior actitud. No les era el día bastante para entregarse á su alegría: durante siete noches seguidas encendieron luminarias, por manera que se veía allí como al mediodía; los estudiantes, sobre todo, no cesaban de alegrarse en numerosos banquetes, danzando y cantando sin parar.»

Este movimiento de entusiasmo popular, el primero que se hizo manifiesto por una victoria real, revela el progreso inmenso de la monarquía. La palabra patriotismo y las ideas que engloba no aciertan á tener encaje en la Edad media; pero este unánime sentimiento de los franceses de la tierra de los Capetos prueba que acaba de formarse una nación. La batalla de Bouvines es el primer acontecimiento nacional de la historia francesa, el preludio de esta unidad moral y material que los reyes del siglo XIII estaban llamados á realizar.

IV.—Consecuencias de la victoria

Los más graves intereses de Europa habían sido disputados en Bouvines. ¿Sabrá la monarquía francesa triunfar del poder feudal, la dinastía de Hugo Capeto conservar el poderío, la Francia podrá escapar de la invasión y del reparto? ¿Los reyes de la casa de Anjou podrán conservar su poderío continental é imponer á Inglaterra el régimen absolutista que había fundado Enrique II? ¿La corona de Alemania caerá en poder del gibelino Federico ó del güelfo Otón, el Pontificado se la arrebatará al imperio, la logrará el jefe de la Iglesia sobre un excomulgado? Cuestiones estas de importancia vital para tres pueblos: el éxito de Felipe Augusto las había resuelto.

En Francia la monarquía está decididamente por encima de toda competencia. El feudalismo, herido en las personas del conde de Boulogne, y del conde de Flandes pasa á formar en segundo término. Felipe habría tenido el derecho de condenar á muerte, como culpables de lesa majestad, á los vasallos rebeldes que habían caído en sus manos; se limitó á encarcelarlos. Guillermo *el Bretón* celebra esta clemencia en términos tal vez exagerados; el rey prefería sacar dinero de sus prisioneros que matarlos. Al día siguiente de la hazaña de Bouvines, habiendo ya enviado Renato un emisario á Otón para incitarle á recoger en Gantes los restos del ejército imperial y volver á comenzar la guerra con el auxilio de las ciudades flamencas, enfurecióse el rey de Francia y le arrojó á la cara todas sus perfidias terminando con estas palabras: «Esto es todo lo que has hecho contra mí: sin embargo, quiero perdonarte la vida; te guardaré en prisión hasta que hayas expiado por completo tus crímenes.»

Renato fué primeramente encerrado en Péronne. Guillermo *el Bretón* nos lo presenta en este primer calabozo, «atado á la muralla con una cadena de solo medio paso de larga. Del centro de esta cadena cuelga otra de diez pies de largo, atada á un tronco de árbol que dos hombres apenas podrían soportar.» En seguida fué transportado al Goulet en Normandía. Nadie se atrevió á solicitar su libertad. Transcurrió el reinado de Felipe Augusto, luego el de Luis VIII, comenzó el de San Luis y el conde de Boulogne permanecía siempre *in carcere duro*. Tenía la perfidia dentro de la sangre; puesto en libertad, habría vuelto á ser traidor. Por lo demás, su sitio estaba ocupado. Sus feudos pertenecían al señor que se había casado con su hija Matilde, y este señor era no otro que Felipe Hurepel, el hijo legitimado de Felipe Augusto. Renato murió trece años después en Bouvines; corrió la voz de que se había suicidado.

El conde de Flandes, Fernando, debía por su parte permanecer trece años en la torre del Louvre. Algunos meses después de la gran batalla la condesa Juana de Flandes fué á visitar á Felipe Augusto en París, para pedirle la libertad de su marido. Todo lo que pudo obtener del rey fué la convención del 24 de octubre de 1214, que estipulaba: la retención del hijo del duque de Brabante como rehenes; la destrucción de las fortificaciones de Valenciennes, Ipres, Oudenarde y Casel á cargo de los habitantes; la obligación por parte de los flamencos de no construir ninguna nueva fortaleza y la reintegración de los castellanos de Brujas y Gantes, aliados del rey de Francia, en sus tierras y propiedades. Cumplidas estas condiciones, «se haría con el conde de Flandes la voluntad del vencedor, quien podía concederle ó no el permiso de rescatarse (1)». Las ciudades de Flandes no aceptaron esta convención, no podían consentir la demolición de sus fortalezas que las dejaba al descubierto bajo la amenaza de una invasión francesa. Por lo demás, no eran los flamencos partidarios de este conde forastero. La propia Juana, que no vivía en absoluta paz con su marido, no veía con malos ojos la perspectiva de reinar sola. Fernando continuó en la cárcel, y Felipe Augusto saboreó el placer doble de guardar bajo su mano este adversario peligroso y de hacer que gobernara el condado de Flandes una mujer incapaz de resistirse á su voluntad.

El rey supo sacar partido de su clemencia respecto á otros feudatarios. El conde de Nevers, Hervé de Donzi, el aliado de Juan *Sin Tierra* y de Otón, fué condenado simplemente á admitir como yerno un nieto de Felipe Augusto (1215). Felipe de Courtenay, su cómplice, respondió de la fidelidad de su familia, ligándose por una convención onerosa (1217). Ya no volvió á advertirse en tierra de Capetos ni manifestación de independencia, ni tentativa de rebelión.

La misma tarde de la batalla había enviado Felipe á Federico de Hohenstaufen, su aliado de Alemania, los restos del águila dorada que había caído en sus manos. El joven competidor de Otón IV no había hecho esfuerzo alguno para unirse á los franceses: había quedado á distancia, en Alsacia y el Palatinado, esperando el resultado del combate. Cuando fué conocido

(1) «*Erit in voluntate domini regis, pro placito suo,*» dice la letra del tratado.